

## **Enrique González Martínez: Luces y sombras**

### **Enrique González Martínez: Lights and Shades**

**Héctor Javier Viveros Reyes**

**Universidad de Guadalajara**

**[hjviverosreyes@gmail.com](mailto:hjviverosreyes@gmail.com)**

**Silvia Quezada Camberos**

**Universidad de Guadalajara**

**[silvia.camberos@csh.udg.mx](mailto:silvia.camberos@csh.udg.mx)**

*Fecha de recepción: 10 de junio 2016*

*Fecha de recepción evaluador: 18 de junio de 2016*

*Fecha de recepción corrección: 5 de julio de 2016*

### **Resumen**

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos cumple cien años. La Carta Magna se distinguió por incluir una serie de derechos sociales, por lo que sus ciudadanos pudieron desarrollarse con libertad, igualdad y autonomía. Uno de los intelectuales más destacados en el año de la publicación de dicha norma, fue Enrique González Martínez. En 1917 la figura del poeta se había solidificado en el contexto literario y político de México. Con siete libros de poesía en su haber, una carrera como funcionario público y el ejercicio de la medicina, era un individuo visto como un hombre de amplias facultades. Su nombre cruzó con altura los gobiernos anteriores y posteriores a la Revolución, vivió el esplendor del porfiriato y la consolidación del sistema político mexicano. Una revisión a su biografía y a su obra, permite observar el acceso que tuvieron algunos hacia una educación artística y profesional de calidad para tomarle el pulso a los alcances de la intelectualidad mexicana de esa época.

**Palabras clave:** Literatura Hispanoamericana, Literatura Siglo XX, Poesía Mexicana, Modernismo Literario, Constitución Mexicana, Biografía Literaria.

## Abstract

The political constitution of the Mexican United States is about to reach one hundred years. This document is distinguish for including a set of social guaranties, that allowed its citizens to develop in liberty, equity and autonomy. One of the most renown intellectuals in the year of promulgation of the Mexican constitution was Enrique González Martínez, in 1917, this poet had a solid position in the literary and political context of Mexico. He had then 7 books published, a long career in public service and his private practice as a medic, that made him to be seen like a man of many talents. His name was part of the governments previous and posteriors to the revolution; he lived in the splendor of the porfiriato and in the struggle for the consolidations of the mexican political system. A close look to his poetic work allows to observe the inside that some intellectuals, like González Martinez, had to an artistic and professional education, that let see the real environment of the political and artistic scene in that times.

**Keywords:** American Literature, Twentieth Century Literature, Mexican Poetry, Literary Modernism, Mexican Constitution, Literary Biography.

## Introducción

La estética de Enrique González Martínez se nutrió de las corrientes vivas de las postrimerías del siglo diecinueve y las primeras del veinte. Es sabido que las modas literarias se fundamentan en situaciones sociales específicas, que tienen períodos más o menos largos y que permiten la formulación de posturas que reflejan las circunstancias que les dan origen. Evidentemente las corrientes literarias no son bautizadas por sus iniciadores, sino denominadas a posteriori por los teóricos y estudiosos de las características concordantes de un grupo de poetas y escritores, quienes influyen a un número cada vez mayor, en el seguimiento de temas y lineamientos. De este modo, se unifican y caracterizan las obras hasta determinar un periodo literario: el romanticismo, el parnasianismo, el simbolismo y el modernismo fueron las corrientes más importantes en el tiempo de González Martínez.

Las Letras en México no tuvieron un sello distintivo hasta la consolidación de la Independencia y la búsqueda de una identidad socio-cultural, movimiento tardío hasta el triunfo de La Reforma cuando, sin dejar de recibir la influencia europea, se logró tener un contexto propio, pudiéndose alcanzar altos niveles de calidad literaria. El romanticismo se depuró en su estilo para mostrar un realismo atemperado, que terminó

sucumbiendo, sobre todo en la poesía, en el llamado modernismo, debido a la influencia de la cultura francesa.

Difícil es ubicar en una persona y en una obra el inicio de toda una corriente, pero no se debe, tampoco, dejar pasar el punto que puede indicar una nueva tendencia, una forma distinta de concebir y de expresar lo que antes se hacía de otras maneras, sin juzgar cuál de las formas era superior a la otra, porque en el arte los juicios jamás dejan de ser subjetivos. Pedro Henríquez Ureña afirma que: "no tuvo (José) Martí intención de iniciar una revolución literaria [...], pero el año 1882, en que se publicó *Ismaelillo*, suele tomarse como fecha inicial de una nueva tendencia en nuestra poesía, conocida más tarde bajo el incoloro título de modernismo" (Henríquez Ureña 2014, p.244).

## **El Modernismo mexicano**

En México, el modernismo produjo autores contemporáneos a Enrique González Martínez que mostraron gran calidad, tales como Salvador Díaz Mirón (1853-1928); Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895); Amado Nervo (1870-1938); Luis G. Urbina (1868-1934) y Ramón López Velarde (1888-1923), creadores de poemas con suprema belleza, con estilos definidos, marcándose así una época brillante, no sólo en la literatura nacional sino en la literatura universal. Como toda nómina, ésta es arbitraria e incompleta; se recomienda, para ampliar el tema, revisar la excelente compilación de Juan Domingo Argüelles acerca del tópico (2001).

En el violento paso del siglo XIX al XX, hubo escritores incendiarios que usaron la literatura como vehículo de denuncia social, como Víctor Hugo con *Los miserables*, obra cuyos resultados lo llevaron a ser considerado, al menos por los franceses, como "el hombre más importante del mundo". En Europa, los manifiestos que probaban la fuerte necesidad de un clima espiritual encontraron eco inmediato en México. Jorge Swarts recopila en una sola obra (2002), todos aquellos que surgieron en Latinoamérica, sin dejar de citar nombres y acciones de otras latitudes que influyeron en nuestro país a través del Estridentismo, movimiento que atacó la estética de González Martínez señalándola como decadente.

El Estridentismo alabó otros poemas menos celebrados, menos difundidos, con rasgos de futurismo, ultraísmo, creacionismo, nacionalismo, criollismo, negrismo y muchas variedades más, como el expresionismo, surrealismo, dadaísmo: "es difícil al historiador actual intentar una exposición sintética de estos movimientos [...] muchas veces, llevadas a sus extremos, nuestras vanguardias tuvieron demasías de imitación y demasías de originalidad (Swarts 2001, p.36). No hay siquiera un acuerdo para ubicar el período de las vanguardias, sin embargo: según *Teoría y práctica del vanguardismo* éste se despliega, en sentido amplio, entre 1916 y 1929; en sentido más restringido, entre 1922 y 1935, según Hugo Verani (citado en Swarts 2001, p.36). Esto es lo que ocurría en

Latinoamérica mientras la Revolución Mexicana se desarrollaba, y Enrique González Martínez se refugiaba en la estética del hombre y su derecho a la paz, al orden y a la belleza.

Al margen de su función social o de posiciones políticas, la poesía tiene, también, otras misiones importantes que cumplir, necesitando poetas que las cumplan, entre ellas, una medular, vital e insustituible: conservar la pureza y la belleza del lenguaje, promover su uso correcto, elevándolo a sus más altos niveles, disfrutándolo, pero con fondo, con ideas, con mensaje, con sentimiento, con inteligencia; esto hace un verdadero poeta y es el centro de la carrera artística de Enrique González Martínez (1871-1952), quien a finales del siglo XIX era un joven médico, nacido en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. En la madurez de su edad fue el primer presidente nacional del Seminario de Cultura Mexicana (1942) y el poeta más influyente de su tiempo.

## **La estética de González Martínez**

La vida de Enrique González Martínez transcurrió desde el final del juarismo hasta la consolidación del llamado Sistema Político Mexicano, con todo lo que ello haya podido influir en su vida y en su obra, porque entre los dos extremos la vida nacional fue cambiando, con lentitud a veces, como en la treintena del Porfiriato, o con inusitada rapidez, como en el periodo revolucionario, marcando en más de una forma su expresión literaria, sobre todo en la época inicial de su vida como autor, porque ya, en 1903, había publicado Preludios, su primer volumen importante de versos, apenas rebasando los 30 años, poco más allá del promedio en el que muchos poetas eran ya conocidos, y algunos, hasta reconocidos; en esta época: "el poeta vuelve al estudio de los simbolismos franceses, algunas de cuyas versiones aparecen en Lirismos (1907)" (Castro Leal, 1971, p. XIV), pudiera pensarse que aún no había encontrado su estilo propio, definitivo y distintivo, o que vivió una poesía sin ismos, más universal.

No hay nada que pueda demeritar la gran aportación literaria de Enrique González Martínez, porque sería ponerle un pero a la belleza impecable de cada uno de sus poemas, pero se encontró como autor, sin quererlo, en medio de una lucha de corrientes literarias inmensas, y a su vez, en posturas ideológicas, sin poder evitar ser criticado por los adeptos y defensores de otros ismos, obligándolo también a hacer críticas. Manuel Maple Arce hace una referencia devastadora del poeta jalisciense cuando expresa:

Excito a todos los poetas, pintores y escultores jóvenes de México, a los que aún no han sido maleados por el oro prebendario de los sinecurismos gobiernistas, a los que aún no se han corrompido con los mezquinos elogios de la crítica oficial y con los aplausos del público soez y concupiscente, a todos los que no han ido a lamer los platos en los festines culinarios de Enrique González Martínez (Maple Arce en Swarts 2001, p.196).

Acerca de esta crítica comenta Swarts:

Enrique González Martínez: poeta simbolista mexicano, que en 1911 publicó el famoso soneto Tuércele el cuello al cisne, considerado un verdadero manifiesto contra la estética finisecular. Poeta tradicional, González Martínez está lejos de ser considerado como un poeta de vanguardia. De ahí el tono áspero de Maples Arce (Swarts 2001, p.196).

De él también afirma Castro Leal "su pasión por la escritura se manifestó desde temprano y también al producir poesías del inglés al español, en 1895 ganó un premio por ello, publicando obras propias en periodos y revistas de Guadalajara" (Castro Leal 1971, p. XIV).

El arte, en general, siempre se ha encontrado en medio de las luchas sociales por el hecho de ser una forma de expresión pública, pudiendo no siempre llegar a ser masiva, pero siempre pretendiéndolo, sobre todo cuando en la práctica, todo el mundo se encuentra en convulsión, como en los finales del siglo XIX y principios del XX. No todos los artistas, con independencia del arte que practiquen, toman partido por alguna de las posturas en pugna, aunque pudiera pensarse que por su sensibilidad innata, lo hicieran, pero en ello inciden múltiples factores que determinan las decisiones de las personas.

En el caso específico de Enrique González Martínez las críticas político-poéticas, teniendo algo de forma, no tienen mucho fondo, porque, si bien desarrolló una carrera administrativa y diplomática muy activa, su divisa fue siempre la cultura; dominaba varios idiomas y poseía un conocimiento más que mediano del legado histórico de los países europeos; fue pieza clave de distintos periodos presidenciales, ofreciendo una buena impresión de México ante el mundo.

Desde dentro del campo que lo hizo continentalmente conocido, en la literatura, tal vez tuvo, pudiera juzgarse, un asomo de altanería con la crítica, pudiera ser más visceral que literaria, al publicar con más ánimo de crítica que con una verdadera aportación literaria, Tuércele el cuello al cisne, que lo enfrentó a otros modernistas. En la breve reseña de su vida, más que autobiográfica, bajo el título de El hombre del búho, González Martínez remarca más su vida del médico profesional que de su obra poética, da un rápido repaso sin profundizar en ella, valorándose más como ente privado que como la figura pública que fue.

En sus memorias el poeta hace un repaso, con estilo costumbrista, de su familia, exaltando sus cualidades, como si ese núcleo fuera lo que, a sus seguidores, o a quienes quisieran estudiar su obra pudiera interesar. Tuvo mal recuerdo de la mayoría de los doctores que le dieron clase en la escuela de medicina, criticándolos acremente, llegando hasta el insulto, haciendo no muy amena la lectura; en contraste, se autocalifica como excelente doctor, lo que se convierte en un contrasentido: malos maestros produjeron un buen profesionista.

En el campo literario, es más cauto y reconoce las influencias y la valía de otros autores en la obra propia, por lo menos en sus primeras publicaciones:

Mi verso era limpio, mi corrección de forma dejaba poco que desear, poseía la suficiente técnica para salir airoso de las dificultades métricas; de sentido estético, de "buen gusto", no andaba mal; me inclinaba a pensar que algunos de aquellos poetas tenían belleza y habían salido del recinto de lo malogrado (González Martínez 2002, pp.134-135).

Amado Nervo publicó en La Revista Moderna una breve nota en que aseguraba que: "los modernistas de verdad no habían de escatimar aplausos. González Martínez se queja de Nervo, quien lo calificaba de petulante (González Martínez 2002, pp. 34-35). Aunque el jalisciense no se consideró a sí mismo como modernista, no aceptó de buen grado las palabras de Nervo, tampoco las rechazó en ninguna de las múltiples veces que departió con él durante las reuniones en las que participaban otros poetas y escritores, llegando a sentirse a gusto con su compañía durante su estancia en la capital de la República. Estas reacciones a favor y en contra de una u otra corriente que, por fuerza convivieron en los finales del siglo XIX y los principios del XX, como ha ocurrido a todo lo largo de las manifestaciones literarias, fueron más comentadas y visibles por la importancia de los personajes que por su obra en sí. Esto fue debido a la influencia política que algunos tuvieron, moviéndose en las altas esferas sociales, pero ya se ha dicho que la poesía es el resultado, después de todo, de las circunstancias sociales de cada época y lugar.

Henríquez Ureña comenta con buen tino:

Nuestra literatura ha seguido [...] dos caminos: uno en el que se persiguen sólo fines puramente artísticos; otro en los fines en perspectivas son sociales. Entre el último grupo de modernistas, de Lugones, Valencia y Chocano, y el primer grupo de vanguardistas del siglo XX, Borges y Neruda, hubo una generación intermedia, nacida entre 1880, que se apartó de los ideales de sus predecesores, y la nacida después de 1896, rompió con unos y con otros (Henríquez Ureña 2014, p. 274).

Se impone, para no perder la consecuencia de la reacción de la propuesta realizada por González Martínez, recordar la parte inicial del soneto que causó una sacudida en la literatura mexicana:

Tuércele el cuello al cisne  
Tuércele el cuello al cisne engañoso plumaje  
que da su nota blanca al azul de la fuente;  
pasea su gracia no más, pero no siente  
el alma de las cosas y la voz del paisaje.

La perfección ha sido, desde siempre, una meta a alcanzar en cualquiera de las artes, aunque los cánones no hayan podido establecer cuál es el punto en donde ya no se puede mejorar una obra, la línea que es irrevisable, la figura, el color, el acorde, la rima, el contraste que envidiarían los mismos dioses. La realidad es otra porque, de principio, el arte es eminentemente apreciativo, calificado desde puntos de vista particulares. Sin embargo, la mayoría de los artistas y de quienes buscan sus obras para satisfacer sentidos y mover sentimientos, buscan más bien los equilibrios, mientras que otros, tal vez en número más reducido, la sobriedad, que también puede recibir el nombre de elegancia y buen gusto.

Lo estridente, cualquiera que sea su manifestación y apreciación, visual o auditiva es, por principio y definición, desequilibrado, poco armonioso, pudiendo agregarse que sea de mal gusto; de reacciones inmatistas, relampagueantes, momentáneas. Hubo, por lo tanto, razón en llamar, de alguna manera, al orden, a la función primaria del lenguaje, que es la comunicación, tratándose del campo de la literatura; que la idea contenida llegue clara al lector, al escucha; que lo haga de forma bella, es un arte, pero claro, despertando imaginación, no confundiéndola; gozar o sufrir de forma bella. A medida que fue avanzando en el ejercicio literario, Enrique González Martínez fue conocido fuera del círculo de comensales de las reuniones semanales y, "entre 1915 y 1925, González Martínez influyó mucho en México sobre los poetas jóvenes de entonces" (Henríquez Ureña 2014, p. 275).

A través de los cargos públicos que desempeñó, González Martínez amplió sus contactos con poetas, con corrientes y contracorrientes socio-políticas-literarias e ideológico-culturales que influyeron en su forma de ser y de pensar, de percibir y exteriorizar sus realidades personales, familiares y públicas, que le dieron una visión de su actuar personal en cada uno de esos espacios. Fue necesario entonces hacer público reconocimiento de lo que consideró un error, reconocido cuando ya no era posible corrección alguna porque los hechos en los que tomó postura de la orilla equivocada de la Historia ya habían pasado y sus consecuencias fueron de cientos de miles de vidas y de más de una década de parálisis económico-cultural, poniendo a México en el cabús del desarrollo mundial.

En el prólogo de las obras completas de Enrique González Martínez, Antonio Castro Leal da una visión de la realidad del país en que se desarrolló el episodio central en la vida literaria del autor que nos ocupa:

En la vida de México se anunciaban cambios trascendentales. La paz y el progreso habían multiplicado las ocasiones y los horizontes de la cultura; pero a partir del quinto período presidencial de Porfirio Díaz (1896) empieza una época de estancamiento [...] El positivismo era ya una tradición vacía. De columna ideológica del universo liberal había acabado en argumento sofístico de la dictadura. Pero antes de 1911, cuando se



derrumbó Porfirio Díaz, se inició una reacción ideológica. Justo Sierra se pronuncia contra el positivismo en su famoso discurso de 1908 y el Ateneo de la Juventud se funda en 1909 [...]. Las apariencias no habían podido anular la realidad [...] para decirlo con un símil que González Martínez hizo famoso, llega el momento en el que el pueblo, el Ateneo de la Juventud y el propio González Martínez tienen cada uno un cisne a quien torcerle el cuello (Castro Leal 1971, p. VIII).

De sí mismo, comentó el poeta, lo que su estancia en la Ciudad de México a invitación de instancias oficiales le produjo:

Nunca pensé que aquella complacencia mía en aceptar una prefectura, habría de traerme, años más tarde, angustias y conflictos espirituales. Del choque entre mi lealtad al gobierno a quien servía y mi cabal condenación del régimen fosilizado y corrompido, triunfó mi lealtad, a sabiendas de que las consecuencias lejanas o próximas mi conducta del ciudadano habían de ser adversas en forma grave [...] Por no traicionar la amistad, traicioné mi conciencia (González Martínez 2002, p. 139).

La transformación lo mueve y transforma todo, no sólo la política y la economía, sino la vida cultural, en un espacio en el que se mueve el grupo intelectual, aunque no se ocupe directamente de la política, porque reacciona de manera sensible a todo cuanto ocurre dentro y fuera del país. El desgaste que sufrió el proyecto nacional basado en el Positivismo, del que fue el más entusiasta partidario, porque creyó que era la manera más directa de encauzar al país la situación caótica en el que quedó después de las luchas que cubrieron siete décadas del siglo XIX; el lema para su correcta aplicación: "orden y progreso" lo decía todo.

La casi nula especulación que caracteriza al Positivismo, con su preeminencia científica, basada en la relación directa entre la causa y el efecto, como si la sociedad reaccionara con una máquina respondiendo al encendido y apagado con un aparato, comenzó a fallar, porque las inconformidades crecieron conforme las disparidades económicas, culturales, políticas y jurídicas crecían conforme el gobierno fue anquilosándose.

Aunque Justo Sierra nunca rompió con Díaz, si se percató de la situación, al igual que lo hicieron los integrantes del Ateneo de la Juventud, quienes determinaron reiniciar la búsqueda de nuevas formas de expresión literaria, como sucedió, en lo personal, con Enrique González Martínez, igual que el Maestro de América, Justo Sierra Méndez, sirvió tanto al Porfiriato como a los gobiernos emanados de la Revolución, haciéndolo con profesionalismo; es decir, como todos los seres humanos, tuvo inevitablemente luces y sombras, claroscuros.

Los cambios eran necesarios, el mundo entero estaba en plena mutación, los aires independentistas liberaron a la mayoría de las antiguas colonias europeas, atizando las ideas democráticas, porque no bastaba el dejar de pertenecer a otro país, sino ser libre en el propio, además de que una libertad en pobreza no es libertad, sino un remedo insultante



de ella. La revolución se hacía inevitable; requería darle vuelta a los esquemas socio-económicos, lo que sólo se logra con cambios políticos-jurídicos. La suma de los cuatro elementos tenía un solo resultado previsible; una nueva Constitución.

La esclavitud toma muchas formas; la que se impone por la fuerza, exime al esclavo porque su sometimiento no es voluntario; el que es educado como esclavo, tampoco es del todo culpable por la manipulación que de su conciencia se hace, confundiendo la mentira con la verdad; pero quien teniendo todos los elementos para discernir por sí mismo, para comparar y poder establecer diferencias, para distinguir entre lo moral e inmoral, lo ético y lo corrupto, y someterse para no alterar la comodidad de su vida, no tiene disculpa alguna; es culpable de su propia esclavitud y la de los demás, porque de ellos alimenta un sistema político opresor. González Martínez se arrepiente al final de su vida de no haber participado activamente en la transformación del país.

La especie humana, como las otras tantas del mismo reino, hace brotar en los individuos que requieren para su conservación, por ello aparecieron en escena política aquella camada de individuos que le dieron una lección de congruencia jurídica que culminó en febrero de 1917 con la promulgación de la Constitución, vertebrada por educación, el rescate de la riqueza nacional y el derecho al trabajo

Una revolución, como movimiento armado, triunfa cuando el grupo opresor es derrocado por el pueblo en armas, pero que nunca se levantaría sin un líder con el que los sublevados se identifiquen; es ahí cuando los elementos pensantes juegan su papel fundamental; son, necesariamente, hombres de una cultura y una inteligencia más que mediana, capaces de interpretar las aspiraciones de Justicia y Libertad, en ese orden, y plasmarlas en un documento claro y preciso que pueda ser entendido hasta por el pueblo llano: una Constitución, sin la cual no es posible organizar todas las actividades de una sociedad bajo un marco jurídico de obligatoria observancia.

1917 fue el año que marcó el fin de una etapa que, pudiendo haber sido mejor, cayó en una innecesaria dictadura al ir dejando el viejo caudillo las actividades político-económicas en manos de un grupo reducido, que al enriquecerse inmovilizó al país con su práctica militarista y su filosofía positivista. De la pequeña elite culta que tuvo oportunidad de conocer otras realidades, otros enfoques, ya fuera por medio de la lectura o por oportunidad de viajar a Europa o a otros países de América, no negaron ni su simpatía ni, en más de una forma, su apoyo a los grupos inconformes que desde el año 1910 luchaban por establecer otro orden social.

No todos los intelectuales se comprometieron en forma directa, como fue el caso de Amado Nervo o Enrique González Martínez, pero tampoco criticaron la sublevación; su neutralidad no fue dañina a la Revolución, pero hombres cultos, maestros de profesión unos, abogados otros, escritores, periodistas, no sólo dieron su aprobación, sino

participaron con la palabra escrita y el discurso en vivo; con el panfleto y la caricatura, o con las armas en la mano. Conocieron la cárcel y el exilio o enfrentaron con valor la muerte. Sin su aporte intelectual no hubiera sido posible que la lucha armada, la de montar a caballo, la de matar o morir, se hubiera puesto en discusión en la tribuna y se plasmara sobre papeles en tinta de canutero y de imprenta.

En medio de la lucha armada, los acontecimientos se fueron acomodando de tal forma que las posibilidades de dotar al país de su documento fundamental se hacían posible: el 19 de octubre de 1915 el gobierno norteamericano apoya al general Venustiano Carranza, inclinando la balanza en forma definitiva (Favela 1959, p.9). El 14 de septiembre de 1916 se expidió la convocatoria para formar un Congreso Constituyente, a realizarse en la ciudad de Querétaro, con la que se pretendía que culminara la lucha armada, dando paso a la pacificación del país.

Después de resolver un sinnúmero de dificultades, quedó acreditado cada uno de los componentes del Congreso Constituyente que formaron un conjunto heterogéneo, como lo reseña Jesús Romero Flores: 56 licenciados en derecho, 22 doctores en medicina, 18 ingenieros, 20 profesores normalistas, 14 periodistas, 24 militares de diversas graduaciones, 32 contadores, más hombres de negocios, empleados, y 32 obreros, mineros, trabajadores textiles y ferrocarrileros, dando un total de 218 diputados (Romero Flores 1959, p. VI-103).

Cada artículo que se fue discutiendo puso el dedo en la llaga de cada uno de los males que padeció el pueblo mexicano y que fue se exhibiendo a medida que llegaban las propuestas de los distintos diputados, no todos con la misma postura ideológica ni con los mismos conocimientos sobre los temas que se fueron tocando. Muy lejos de ser copia, ni fiel ni alterada de otras constituciones de otros países, porque las condiciones de cada uno son particularísimas, los debates alcanzaron por momentos niveles de altos conocimientos adquiridos en su mayoría en la vida cotidiana, en el interés de saber cómo estaba la situación del país en general y de sus habitantes en lo particular, por clases sociales, por lugares de residencia, ocupaciones específicas, dando como resultado brillantes planteamientos jurídicos y propuestas políticas para resolver las graves situaciones que se generaron en treinta años de dictadura y que se agravaron después de siete años de lucha armada.

Inmersos en este contexto, los primeros libros del poeta, aquellos que produjo en los primeros veinte años del siglo XX, los cuales se describen, para una mejor comprensión de las inquietudes artísticas desde un marco político imperante. Bajo el título de Preludios, (Mazatlán, 1903), aparece su primer poemario publicado, por ser general, los poemas no siguen una temática específica, ni en forma ni en fondo, no se advierte un eje distinguible, pero abunda la alusión, bajo diferentes enfoques, a las

mujeres, teniendo, en su casi totalidad, la misma descripción: mujeres blancas, de pelo rubio, jóvenes, bien formadas, tipo europeo, dejando fuera de duda su ideal femenino.

El ímpetu juvenil es notorio en este volumen, González Martínez tiene tiende más a la futura madurez. Los títulos en otros idiomas hacen su aparición, dejando en claro que su cultura ya es más que mediana. No fue casual el interés que despertó en los círculos literarios e intelectuales la aparición de este volumen poético.

Después aparecería *Lirismos*, (Mocorito, 1907), título también amplio, pero que acerca a la expresión de emociones desatadas frente al amor, la tristeza, la muerte, la naturaleza; 26 títulos formaron este pequeño volumen donde el manejo de las formas y los fondos se fue perfeccionando, madurando, encontrando su propio estilo, lentamente, pero con seguridad. Aquí rinde un homenaje a los poetas Manuel José Othón y Paul Verlaine, de quien recibió disímbolas influencias, pero en quienes reconoció su imborrable paso por el mundo literario.

*Silenter* (Mocorito, 1909) es una visión desde el interior, de la fuerza con la que se ha de afrontar lo que de fuera se abre espacio y afecta cuando llega, bueno o malo, sombrío y luminoso, para no distorsionar la propia percepción, para seguir siendo lo que se es, quienes y afrontar los cataclismos interiores. Este silencio no es una renuncia ni rendición, sino condición contemplativa.

Los senderos ocultos, (Mocorito, 1911), son veredas que siempre existen; tienen sentidos permanentes de vida o de regreso que, quien los transita, debe saber cuál de los dos tomar, pero en la vida no siempre se sabe con certeza el que se debe tomar: el miedo, el amor, la incertidumbre, el odio, pueden hacer tomar el rumbo equivocado. Cuando los senderos son interiores es más difícil transitarlos, más largos, más abruptos, más solitarios, cuando se toma el equivocado no es siempre una forma de retorno. Pero hay también, para pocos afortunados, luminosos y floridos, se recorren en compañía. Todos, sólo se deben encontrar porque están ocultos. En este volumen es en el que aparece, discordante, *Tuércele el cuello al cisne*, que pudo haber sido más bien una solitaria expresión de desacuerdo, una especie de manifiesto para que, cual ave migrante, siguiera su propio camino.

*La muerte del cisne*, (Ciudad de México, 1915), es el conjunto de poemas que bajo el título de *La muerte del cisne* puede tomarse como otra contradicción de González Martínez, si se considera que la misma figura palmípeda mencionada como una bella figura vana, se convierte el símil del espíritu o alma, con todos los atributos que éste se ello pueda tener, destacando los positivos sobre los negativos, pero casi siempre con un dejo de tristeza.

El libro de la fuerza, la bondad y del ensueño (Ciudad de México, 1917), estuvo dedicado sus hijos, por ello no pudo ser sino un compendio de esperanzas que, en cualquier circunstancia no deben perderse porque hasta en la naturaleza todo canta la victoria de la vida y que Lázaro resucitado es un ejemplo de que la vida, el bien, siempre triunfará sobre la muerte y el mal. Su formación religiosa está siempre presente, no sólo en este volumen, sino hasta los poemas de corte pagano y también en los eróticos. En este libro uno de los que más poemas contienen, con 44 composiciones y es el que publica el mismo año en que se promulga la Constitución.

## Conclusiones

De todo esto se abstrae Enrique González Martínez, del lado luminoso de las letras y en el lado oscuro de la vida política e institucional del país; queda entre la fe y la duda, entre amores lascivos y espirituales, entre la ciencia la poesía, entre la amistad y la política, entre los románticos y los modernistas, entre su interioridad y su mundo externo, como casi todas las personas, pero con la poesía a flor de piel, que para él era, "sobre todo, contemplación, emoción recordada en tranquilidad" (Henríquez Ureña 2014, p. 275).

Su poesía no tuvo, ni pudo tener demérito alguno, ahí quedó como un legado valioso para el arte, para el único arte verdaderamente universal, porque es el único que se puede portar sin siquiera un portafolio, bastando un poco de memoria y sensibilidad, y que se puede reproducir en un pedazo de papel o con un poco de voz.

El Colegio Nacional reprodujo, como parte del homenaje más que merecido en el centenario del nacimiento del ilustre jalisciense, las obras completas en 1971, en cuyo prólogo Castro Leal hace una breve reseña de la historia literaria del homenajeado, con las atinadas y oportunas observaciones requeridas. Su obra en prosa, aunque proporcionalmente fue menos que la poética, consta de: El hombre del búho, misterios de una vocación, 1944, Ciudad de México; La apacible locura (segunda parte de El hombre del búho), 1951, Ciudad de México; Algunos aspectos de la literatura mexicana, discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, 1932, Ciudad de México; y Tres cuentos, reunión de textos escritos entre 1895 y 1908.

La obra poética de Enrique González Martínez lo convirtió un personaje universal, ha sido reproducida, analizada, desmenuzada a lo largo de más de un siglo, por lo que un trabajo antológico más terminaría siendo prácticamente repetitivo, sin embargo, quedan siempre algunos espacios entre los comentarios para fijar la atención en detalles que pueden servir para seguir más de cerca el desarrollo de su obra, sobre todo relacionando el contexto social y personal con el contenido de sus versos. Un hombre tan cuidadoso como lo es un médico en el quirófano debe serlo, traslada a su vida general esa meticulosidad, más cuando su segundo campo de actividades tan delicado como el

empleo del lenguaje, que requiere de un cuidado extremo en el seguimiento de los de las muy precisas reglas de la preceptiva literaria en cada una de las poesías que compuso (las obras completas publicadas por el Colegio Nacional consignan 757 poemas), siendo Preludios la de mayor número de ellos, con 79 títulos.

De este modo se ejemplifica la vida de un intelectual gestado como la Carta Magna, con un cúmulo de buenas intenciones y fracturas que el paso del tiempo irá develando conforme la sociedad cambie de pareceres.

### **Referencias bibliográficas**

- Argüelles, J. D. (2001). Dos siglos de poesía mexicana, del XIX al fin del milenio, una antología. México: Océano.
- Castro Leal, A. (Compilador) (1971). Enrique González Martínez, obras completas. México: El Colegio Nacional.
- Favela, I. (1959). Historia diplomática de la revolución mexicana en Crónica ilustrada de la Revolución Mexicana Tomo VI. México: Publimex.
- González Martínez, E. (2002). El hombre del búho, misterios de una vocación. México: El Colegio Nacional.
- González Martínez, E. (2011). Señas a la distancia. Ciento treinta poemas 1903-1952. Selección de L. V. de Aguinaga y Á. Ortuño. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, Secretaría de Cultura.
- Henríquez Ureña, P. (2014). Las corrientes literarias en América Hispánica. México: FCE.
- Romero Flores, J. (1959). Cuadernos de cultura popular, en Crónica ilustrada de la Revolución Mexicana tomó VI. México FCE.
- Swarts, J. (2002). Teoría y práctica del vanguardismo. México, Fondo de Cultura Económica.